

González #178

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Si desea estar con *González*, envíe su colaboración al correo electrónico:
hojagonzalez@gmail.com

ARCHIVO: <http://areadeproyectos.org/gonzalez>

lunes 7 de marzo, 2011 ("¿a quién engañan?, este González salió el sábado 12... ¡es el colmo!")

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Alejandro Giraldo

La Piedrita

IV. Lo Tenue y lo Brillante

Oyó entonces un fuego que se prendía tras la ventana. Y miró en aquella dirección y vio que una cálida y apacible luz emergía de allí. El perrito lanoso de manchas grises, que hasta el momento se había echado en el piso a recibir sol, se paró y fue hacia la ventana. El niño le siguió con la mirada hasta que el animal se detuvo justo frente a ella.

Entonces se volteó y miró al niño con mirada curiosa, como preguntándose por qué aquél no hacía lo mismo. Su mirada saltó varias veces entre el niño y la ventana, y pronto soltó un ladrido de llamada. El niño se paró y se señaló. "¿me hablas a mí?" preguntó, a lo que el perro respondió con otro ladrido. Ahora el animal movía fuertemente su peluda cola. Comenzó a saltar indicando la ventana, intentando decirle que debía entrar en la habitación que se encontraba más allá. "Pero no quepo, soy muy grande...".

El perrito pareció desconcertado, por lo cual inclinó la cabeza hacia un lado. Después de unos segundos de mirar al niño, el perrito le dio la espalda y saltó hacia la ventana, aterrizando en el alfeizar detrás de la reja. Perplejo, el niño se acercó. Viendo el tamaño del cuerpo del perro, era ilógico que hubiera logrado traspasar la reja, y sin embargo allí estaba: detrás.

Después de mucho debatir y de mucho corroborar que la reja era sólida y no se movía, decidió que no valía la pena preocuparse por lo que parecía imposible. Retrocedió unos pasos y, tomando bastante impulso, saltó hacia la ventana aterrizando en un duro y frío piso de baldosas rojas, justo al lado de la mesa que estaba en el centro.

Se incorporó de un salto incrédulo y miró atrás suyo hacia la ventana. Sin embargo ésta se encontraba cerrada. Antes de que pudiera preguntarse cómo y por qué, su estomago rugió con fuerza, y a su nariz llegó nuevamente el dulce aroma de las manzanas.

Y allí estaban servidas. Rojas, de un carmesí intenso y brillante, y verdes, de un verde claro y fresco. Se veían jugosas y grandes, y el aroma que expedían era fuerte y le hacía agua la boca. Miró a su alrededor, buscando a alguien, pero no había nadie. Ni el conejito ni el perrito se encontraban a la vista, y el único sonido era el de unas llamas que ardían cálida y confortablemente en un viejo horno de piedra a un lado de la habitación. En vista de que no había nadie más, cogió una manzana roja y se la llevó a la boca.

Estaba dulce y jugosa, pero también era arenosa y se deshacía fácilmente en su boca. La mordió por segunda vez, oyendo el crujiente y hermoso sonido que salía de la manzana al clavar sus dientes en su carne. Pronto la terminó y dejó a un lado el vástago y las semillas, y se adelantó a coger otra, esta vez verde.

Sin mucha demora comió de la manzana verde. Ésta le supo ácida y dulce a la vez, jugosa y de textura suave. Se la comió más lentamente, disfrutando cada mordisco que le daba. Sin embargo no pasó mucho tiempo antes de que la hubiera acabado.

El fuego crepitaba tranquilamente, y parecía no consumir los leños sobre los cuales se sostenía. Se fijó entonces en lo que tenía alrededor, pero la luz del fuego no era suficiente para iluminar todo el recinto. En las paredes danzaban unas tristes sombras que crecían y se empequeñecían, se alargaban y se acortaban en formas irregulares y a destiempo. Sólo se oían los chasquidos de las llamas y el ardor de los leños. Aquella imagen le pareció hermosa, y le recordaba a algo, pero no sabía a qué.

Miró entonces las manzanas, dispuesto a comerse una tercera, y se dio cuenta que las veía claramente. Sus colores eran intensos y brillantes, en contraste con las silenciosas sombras que abrazaban todo lo demás. Le parecía que aquellas frutas tenían luz propia, un cierto resplandor que venía de adentro, y que era enaltecido por el reflejo del fuego cercano. Sin embargo, estaba seguro que si alguien apagaba el fuego, las manzanas seguirían brillando claramente en la oscuridad.

JUEGO DE REGLAS EDITORIAL

González es una publicación del Departamento de Arte / *González* solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de "uniandes.edu.co" y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracrítica en el próximo número de *González* / *González* publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

Sintió entonces un letargo y una ansiedad, y vio su sombra proyectada sobre la pared. La vio retorcerse y estirarse, y mientras la veía sintió que el letargo crecía dentro de él y lo adormilaba, lo encerraba dentro de sí y le impedía moverse y pensar. Miró las manzanas rojas y verdes, y las verdes se le hicieron brillantes como piedritas, y parecía que lo miraban con una mirada esmeralda intensa y penetrante. Quedó allí hipnotizado.

—Alejandro Giraldo

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Luis Antonio Silva

Para reciclar del olvido...

Se despertó tratando de convencerse que no sabía dónde estaba, pero que sí sabía quien era. Frank era, sin duda, un alma complicada. Sin decidirlo, levantó sus huesos, porque carne no era mucha la que le quedaba. Supo acostumbrarse con la experiencia de sus escasos años a quedarse ahí sentado y pensar hasta que los miedos se le camuflaran entre realidades y no sueños.

Cuando cerró la puerta, solo pudo sonreír al saber que inevitablemente el cielo estaba dispuesto a llorar. Caminó lo justo, que ya más bien le parecía poco. Caminó con la cabeza agachada para saber donde ponía los pasos, caminó sin dejar de sonreír un momento y pensando en su futuro inmediato. Cuando llegó al lugar indicado, suspiró y entró en el bus que lo sacaría del pueblo que casi todos los días abandonaba, se sentó al lado de una mujer con trenzas; olvidada ya por la juventud. Ni siquiera se percató que en el mundo tras la ventana, el cielo no era azul y el mundo se estaba mojando: él tenía cosas mucho más importantes que hacer. Sacó de su maleta, color naranja y un poco descuidada, una pequeña caja de cartón con una tapa imprenta de flores rojas y verdes, muy señoritera inclusive aún, para la poca hombría que demostraba. Le colocó un moño rojo en la tapa de la caja, bueno un moño no, el moño rojo. El moño más perfecto jamás hecho, un moño sin duda hecho para la caja, un moño ni tan grande, ni tan corto, un moño al cual no se le podía reprochar, ni negar siquiera una sonrisa. Sonrió un poco más cuando se dio cuenta que el moño estaba y se veía perfecto sobre la cajita. Lo guardó como si estuviera guardando la esperanza y fuera lo único que le quedara. Se echó la maleta a los hombros y se cogió de ambas tirantas con ambas manos, miró por la ventana y vio como llovía, simplemente sonrió.

Cuando se bajó del bus, ya sabía que camino debía tomar. No había ido a ese lugar toda su vida, pero lo recordaba muy bien porque para él su vida solo había durado las veces que había llegado al lugar donde iba. Mientras caminaba se iba alejando del sonido de la calle y las palomas eran las que se empezaban a escuchar. Palomas silvestres, que siempre pensó que eran alguna otra clase de pájaros, pero no palomas, y que al final se había resignado a aceptar. Habían muchas casas de lado y lado de la calle. Una calle que en algún momento se volvía ciega, ciega para el mundo pero no para él. Se sentó en el pasto, sin importar que estuviera mojado, se recostó sobre un tronco que era muchas veces más grande que él. Se descargó la maleta de los hombros y la puso enfrente de él sobre el pasto húmedo, no dijo nada y solo miró el horizonte, el horizonte que eran más casas, mucho más pasto, la calle, y la casa de un perro.

No había podido dormir y al final decidió recibir el día con los ojos abiertos. No le gustaba salir de día, pero estaba lloviendo, eso lo arreglaba y alegraba todo. Max era, después de muchas dudas, un alma realmente complicada. Supo muy bien no decir nada mientras se miraba en el espejo, le gustaba mirarse así no fuera, para su concepto, perfecto. No pensó mucho, porque últimamente casi no pensaba, solo usaba la razón. Se cambió de camiseta porque pensó que con otra tal vez se viera mejor, el era así, traumáticamente inconforme, indeciso, inseguro, ansioso y nervioso. Se comía las uñas desde que tenía memoria, ó